

Mujer campesina intelectual. Epístolas que des-alumbran la descolonialidad de los afectos

Intellectual peasant woman. Epistles that un-illuminate the decoloniality of affects

<http://dx.doi.org/10.70557/2026.raepmh.2.2.213-230>

Inocencia Gerónimo

inocencia12geronimo@gmail.com

<https://orcid.org/0009-0004-2708-9268>

Ministerio de Educación, Cultura, Ciencia y Tecnología

Epmhneia Vol.2 #2

RESUMEN

Son voces de mujeres salteñas que co-configuran, junto a la voz de la investigadora, epístolas que narran la resistencia real y simbólica de la descolonialidad de los afectos frente a modelos hegemónicos patriarcales y machistas. Cuestionan posesividad, jerarquía e idealización del amor romántico y la colonialidad de los afectos. Re-vitalizando formas de vinculación basadas en el cuidado, memoria y autonomía, donde el amor trastoca experiencias sublime y privada cristalizando prácticas políticas de resistencia que desafían la colonialidad de los afectos en cartografías epistolares.

Palabras claves: mujeres campesinas e intelectuales, descolonialidad de los afectos, cartografía epistolar, educación.

ABSTRACT

These are salteña voices of women who co-configure, together with the voice of the researcher, epistles that narrate the real and symbolic resistance of the decoloniality of affects in the face of hegemonic patriarchal and sexist models. They question possessiveness, hierarchy, and the idealization of romantic love, as well as the coloniality of emotions. Re-vitalizing forms of bonding based on care, memory, and autonomy, where love disrupts sublime and private experiences, crystallizing political practices of resistance that challenge the coloniality of affects in epistolary cartographies.

Keywords: peasant and intellectual women, decoloniality of affects, epistolary cartography, education.

INTRODUCCIÓN

Des-alumbrando la descolonialidad de los afectos

El devenir acontecimiento reúne ficción y lo onírico en testimonio vida de mujer resiliente que re-vitaliza el andar en des-encuentros donde la inmanencia de momentos dolorosos se hace presente. En este proceso se compenetra la perspectiva descolonial y la intracción de materialidades simbólicas y reales.

Las narrativas no se quedan atrapadas en la normalidad de la colonialidad del patriarcado dominante del cuerpo y de las emociones o en la dualidad romántica del amor. La transición entre dolor y devenir instala el aprendizaje hospitalario del amor; tocando sensiblemente emociones y sensaciones enraizadas en parentescos raros que fluye escritura.

Lo epistolar, en primera persona se reúne con el estar siendo investigadora; son voces de mujeres salteñas que co-configuran espacio de resistencia simbólica frente a modelos afectivos hegemónicos; cuestionando posesividad, jerarquía e idealización del amor romántico. Re-vitalizando formas de vinculación basadas en el cuidado, memoria y autonomía, donde el amor trastoca experiencias sublime y privada cristalizando prácticas políticas que desafían a la colonialidad de los afectos en cartografías epistolares que reúnen trazos de resistencia.

Los nudos de la vida, cuerdas de símbolos...

Aquí, 17 de octubre de 2025

Querida mujer, montaña de secretos:

Los nudos de la vida, cuerdas de símbolos...

Esta carta, fue escrita en tiempos de bucles, en momentos inciertos. Sueños y realidades que espero puedas disfrutar.

La mujer pregunta: ¿los nudos de la vida?, ¿cuál vida?... ¿toda o solo la académica? El tiempo en esta vida es todo.

El río responde en su murmullo, llevando secretos a la montaña. Y, la montaña, sabia y paciente, guarda

huellas de aconteceres ancestrales. El río fluye la vida emocional, la memoria, los sentimientos, los recuerdos.

En ese diálogo entre agua y piedra, entre la mujer y el tiempo; se anuncia un sueño como nunca antes: el agua cristalina corre entre las piedras y de repente aparece una puerta con molinete. Una estudiante me dice:

—Profesora, pase.

Me quedo mirando, sin entender. El pase es un libro. Me doy cuenta de que no tengo ninguno. La estudiante insiste:

—Yo le pago el pasaje. Es mi libro, ahora es suyo. Despierto. Estoy en un lugar encantado, elegido para abrir un sobre que contiene cartas y nudos de hilos, ha viajado entre mujeres: primero Marcela, desde Buenos Aires; luego Verónica, desde La Pampa; ahora está en el sentipensar de Beatriz... Colombia, aroma a café.

Antes de continuar con el relato; recuerdo que ya había escrito aquí, en este lugar encantado, en abril, de este mismo año; esa noche triste escribí: “ni un abrazo, ni una palabra, menos un beso”.

El silencio puede ser estrategia, pero aquí no funciona. Él no me merece.

¿Y yo qué merezco? Todo el amor del mundo.

El barro, el cansancio me hacen dudar. ¿Será terquedad? ¿Hasta cuándo? ¿Por qué no me voy? Y, me digo en secreto, solo para mí...

—Ese no es el camino, no es el mío.

Pero, aun así, elegí este lugar encantado; desde la perspectiva académica me devuelve alegría y pasión para sentipensar investigación. Comprendo entonces, son las personas las que nos hacen felices o tristes, en el vínculo que establecen conmigo. Nosotras, yo, valemos todo. Se abrieron los umbrales y se cerraron los laberintos.

Escucho el río, algunos animales. Parece que todo se enreda en una ficción. Me hablo;

“—No quiero un trago amargo. No quiero soportar lo insoportable. No hay derecho.”

Decir “te amo” ¿sería una pesadilla?

Camino. Subo. El dolor en mis piernas es intenso, los calambres me hacen casi caer. Pido ayuda:

—¿Me das la mano?

Siento miedo, pero avanzo. El agua brilla entre las piedras. Unos animales desconocidos me asustan, alguien me sostiene con fuerza. La estudiante continua con el libro, es el boleto de ingreso.

Despierto asustada, con dolor real en las piernas. Él duerme. A la mañana me pregunta:

—¿Cómo dormiste, estás bien?

Tiempo después me dice, cariñosamente:

—Te amo.

La realidad, finalmente reconoce que sentirme amada es real y el libro que me regala mi estudiante y el dolor de piernas es un sueño...

En este territorio encantado, me paro en una piedra. Me acompaña a entender la parada firme y la sonrisa profunda. Es realidad, no es ficción.

¿Es intracción? Presiento que me ama. Entonces, la noche se abre, escucho el río y sus animales, y entre risas y suspiros me digo:

-No soy débil, no soy ficción, soy camino, soy presente.

Este lugar encantado me devuelve la respuesta, queda visible la sonrisa profunda. Allí se muestra, la montaña donde permanece la sabiduría ancestral, la fortaleza, lo que sabe, aunque no hable. Los secretos son experiencias que regresan a la conciencia para transformarse en aprendizaje. El libro es la llave, el boleto de entrada cuando la vida afectiva tambalea. La estudiante me lo entrega y paga por mí. Es el cuidado, devolver la vida que entregamos mientras aprendemos y enseñamos.

Me aferro a mi piedra ancestral y filosofal, es una piedra real que encontré en el camino, en ella me paro, me siento, descanso y sentipienso. Ella es mi núcleo, la sabiduría que transforma dolor en claridad. Nada puede arrancarla, es mi sostén, mi certeza, mi resistencia. Se ha convertido en un lugar real

y simbólico, es un altar. Escribo y percibo que hay mucho más que eso: los abrazos eternos, los aplausos calurosos, una vida llena de besos...

Recibo alivio, habitando mi territorio, espacio donde la emoción se despliega y se reordena y se colma resistencia. En medio de este camino, la herida afectiva se abre, donde la sabiduría de la montaña contesta:

— “Yo merezco todo el amor del mundo, afecto, cariño, paz.” Aquí me paro firme, los calambres no me vencen, el miedo no cruza el umbral. El viento sopla, me sostengo con todas mis fuerzas y conmigo misma, regreso a mi esencia vital, el amor. Nudo vital en el ombligo y en este todas las mujeres que admiro. Se despliega coraje y valentía para escribir, sensaciones y emociones para tocar y sentir.

En ese nudo ombligo, encuentro resistencia y re-existencia de pueblos indígenas y destellos de mujer gaucha, que se arroja con el poncho rojo salteño de guardas negras y un sombrero que cubre la cabeza y el rostro de las inclemencias de mi tiempo.

Me arrogo el ser mujer guacha, con un sentido de fuerza atada a mi nudo umbilical de mis ancestros, con un sentido de de-construcción descolonial de clase, ser, saber, género, etnia y emocional; que me conecta a mi tierra ancestral de pueblos originarios.

Y el sentir de mujer campesina encuentra emociones; es raíz de continuidad acurrucando hospitalidad que fortalece los propios dolores y alegrías; de tierras descolonizadas y de emociones que siguen persistiendo en sabidurías y destrezas de territorios des-habitados.

El devenir ya estaba impregnado en los sueños....

Mujer abyayalense

Entonces y aquí, 12 de diciembre de 2025

Querida mujer abyayalense:

¿Y, quién soy?

En tiempos de sentimientos revueltos, se hace presente con dureza el lugar de la elocuencia. Será para sentir lo que el cuerpo quiera y las emociones desean. Entonces hablamos con la intensidad de las mujeres

del Abya Yala. Feminismo indígena campesina, antiextractivista. Envuelta en estas sinfonías, la mujer se pregunta ¿quién soy? Se hace presente lo onírico, se ha manifestado con toda su intensidad.

El alejamiento de ese “te amo” se hace realidad y la pregunta onírica se contesta, el silencio del territorio encantado confirmó su retirada....

Hoy no está, se fue.

El territorio es cuerpo y extensión hacia nuestras territorialidades, espaciales simbólicas de la vida en relación con nosotras y el sentipensar corporal y emocional.

Y, ¿nosotras de dónde venimos? No somos tan diferentes, aun así, compartimos el lugar desde donde hablamos. Al principio el dolor se hizo presente, rechazando nuestro sentir, aferrándonos a la idea de sostener que lo onírico es solo una fantasía. En ese sentido, es casi imposible ¿querer estar solo en el mundo?

No creo que podamos pensar o sentir desde la individualidad. Nos co-construimos en parentescos raros, porque cuando clama el dolor, nos arrimamos a los parentescos, entre las plantas, la naturaleza o cualquier otro elemento que nos pueda responder para calmar nuestros pesares.

Siendo mujer indígena y campesina escribo desde la memoria, desde el oro y el barro. ¿Y dónde está el agua y el oro? Están allá y aquí, como nosotras. La marca de colonialismo sigue siendo el despojo de nuestros sentires, de la mentira, del engaño, de la ausencia para sostener la hospitalidad de las emociones.

El feminismo territorio nos habita, donde la tierra ni las mujeres no somos territorios de conquista. Y, si me auto percibo conquistada; ¿qué me conquistó? Y la respuesta sería un interrogante ¿territorios, tiempo y espacio donde me sentí feliz? Aun así, la pregunta sostenida e insurgente es; ¿qué desea sanar? La niña todavía pide a gritos un poco más de cariño, es la niña que se enuncia una vez más siendo mujer campesina. La niña todavía sostiene los aprendizajes emocionales y coloniales del patriarcado, es tan intenso que se anuncia en quimera.

Cuando nosotras nos quebramos nuestra vida también, esta vez enunciada en sueños. Este relato -sueño- se sitúa entre la niebla y la montaña... caminaba sabiendo que del otro lado estaba la fiesta, un lugar dónde sabía que me encontraría bien. Y de repente entre sonrisas me doy cuenta que un paso en falso me llevaría al abismo. Estaba todo nublado, con riscos que no se veían, pero intuí. Entonces me di cuenta de un rancho, una casita de adobe, dónde habitaba alguien y alrededor un cerco de piedras.

Y los que venían detrás mío, solo gritaban, vos podés. Salta, camina, vamos y yo estaba con miedo. Caminé entre las piedras, tuve que saltar. Algunas cayeron, pero salte y me fui...

El camino está cubierto por la niebla de la incertidumbre. En perspectiva descolonial, la niebla representa la colonialidad del ser; ese velo que nos impide ver nuestras propias raíces, nos han enseñado a mirar hacia la meta, sin contemplar nuestros sentires y el ritmo de nuestros pies.

Aparece la casita de adobe, el adobe es tierra, agua y sol; es tecnología de lo ancestral, nuestro centro del mundo. Mientras el mundo te empuja al salto heroico, la casa de adobe te recuerda que la vida verdadera está en el refugio que se construye con la propia tierra y el cerco de piedras representa la protección de la identidad y el espacio sagrado que nadie más puede pisar sin permiso.

Las voces gritan “¡vos podés!”, “¡salte!”, “¡camine!”, en eco de la productividad moderna del progreso. Es la presión externa que exige que seamos héroes, lanzándonos al vacío en nombre del éxito. El quedarse quieto no es debilidad; es la sabiduría del cuerpo que reconoce que el territorio es sagrado y tiene memoria.

Los pies habitan la memoria de la tierra reclamando atención a nosotras mismas. Descolonizar el paso es comprender que el camino se hace en las huellas. Si, el salto es necesario, cuando te reconoces en calma y en paz. Algunas piedras caen -lo que tiene que caer, pero lo que queda es tu huella sobre lo firme, para habitar tu propia tierra.

La reflexión y re-vitalización del sentipensar es una reacción descolonial; estás escuchando tu territorio, mi cuerpo. La voz no ignora y la sabiduría del rastro

es camino que se co-construye pisando, sintiendo las piedras y no el vacío.

La presencia de lo onírico implica recuperar el propio ritmo; el acontecimiento de aceptar el alejamiento de quien te decía “te amo” es resistencia; la entrega del libro como pase es honestidad de brindar lo máspreciado: el tiempo y el afecto dejando huellas marcadas e inciertas de quien caminó contigo.

Antes de los sueños narrados, venía creyendo que conocía el territorio, casi como certero y me di un tropiezo que me hizo volar por los aires y quedarme con las narices en el suelo. Lloré de tristeza, la amargura se hizo presente. Dolía cada vez que recordaba los giros en el aire, mas no cuando chocaba contra el suelo.

Me sostuve en el llanto que llegaba sin pedir permiso y habitaba todo mi ser. La moral no tardó en llegar, era parte de la gente que me acompañaba en el abrazo que se parecía a aquellos consternados por la muerte. ¿Habrá sido mi propia muerte? El pésame era una constante. Después de un breve tiempo deje de decir y me quede en silencio, aguardando cada instante de dolor. La moral de la gente solo aturdí las sensaciones. Hoy se van disipando...

Caer por los aires es volver a mis raíces... Parecen micorrizas que se topan entre ellas. Muy lejos el trauma de la niña que sostenía otras sensaciones, hoy ya no están, sin embargo, marcaron una especie de tatuaje en el cuerpo y en las emociones.

El sueño relatado enuncia como encontrar el camino de regreso hacia uno mismo. Las semillas fueron plantadas, cual tierra fértil encontrada y celebrada.

Las semillas no son estériles de acontecimientos vividos. Nacen a cada paso y en cada una de ellas quedaran huellas. Los rastros están en el barro por donde caminamos con los brazos abiertos y la sonrisa dibujada como parte del acontecimiento.

Y en las huellas, la escritura en las noches de insomnio al descubierto, las lágrimas corren sin la apertura de un surco y se desvanecen. No quiero quedarme aquí, solo murmurar los acontecimientos que duelen.

El devenir se hace resistencia en las dichos y en las miradas que ya no están; se fueron en la oscuridad de

las sensaciones y emociones de quienes algunas veces balbuceamos que nos amamos y que insistimos en estar juntos “hasta el final”.

Y el final se vino como tormenta en el desierto, me tapó la arena y “lo que venga” se convirtió en un trago amargo del que todavía es difícil tragar. Ahí está dando vueltas en la garganta, llega hasta el pecho con la arena de la tormenta. El tiempo es recurrente como la vida misma. La arena de esta tempestad se incrustó en mi ser, en mi pulso, en mis sentidos y latidos. El pulso se vuelve revoltoso y llega hasta el dolor corporal. La presencia de la respiración intensa se descontrola una vez más. Es intolerable, pero con mucho cuidado y después de dejar que suceda hace bien.

Al fin de cuentas dejar ir, para percibir el devenir.... Si, fue hasta el final... y este es el final...

Rostro sahumado en azúcar

Aquí y allí, 21 de enero de 2026

Querida mujer, rostro sahumado en azúcar:

Tengo la piel tatuada de dolores.

Cuando una relación termina y una de las personas comienza a expandirse -aun queriendo aferrarse a la idea de la esperanza- algo profundo se reacomoda. No es la esperanza tal como se la conoce, es otra cosa. En ese proceso se recupera la energía y el espíritu regresa al cuerpo; -en honor a la verdad las llame varias veces- para nuestro re-encuentro.

A veces vuelve con los sueños, a veces desaparece sin aviso. Entonces solo queda sentarse en el suelo y llorar, ahogadamente. El insomnio aparece casi celebrando su victoria.

No es casualidad ni magia recuperar la energía y el espíritu. Es la consecuencia directa de haber salido de un vínculo donde estaba des-equilibrada.

Me doy cuenta ahora, que durante la relación cargaba con más peso emocional, mental y vital del que me correspondía. Sí, así tal cual. Siempre estaba presente en todo lo que deseaba, comprendiendo cada situación, sosteniendo cada movimiento. Quien

sostiene no lo hace desde la plenitud. Yo no sentía paz. Sostenía desde un lugar inquieto, desde la vigilancia constante de que todo estuviera bien. Tal vez era miedo al abandono, o la necesidad inconsciente de creer que si dejaba de dar no sería elegida, o peor aún, amada. Aun así, no me eligieron.

En esta etapa el cuerpo aprende a amar resolviendo, cargando, incluso cuando eso significa apagarse. Reflexiono, que quien sostiene se vuelve peligroso, porque normaliza el desgaste emocional. Pero, aprendí que cuando una relación termina, después del duelo ocurre un cambio biológico y energético complejo. La energía regresa a su dueña original.

El sistema psicológico y biológico suspira aliviado, “de pronto estoy mejor”. Recuerdo con cariño todo lo que fue, pero no me quedo ahí. Estoy aquí. Con menos peso, menos alerta y con más espacio interno.

Recuerdo que un día, me fui sola, con el mate al lado. No había nadie que lo cebara, nadie que dijera una palabra, ni siquiera un silencio compartido. Nada. Solo los recuerdos, los lindos y los más oscuros. La mente entendía, el silencio lloraba. La lágrima no dejaba ver la carretera, caía sin cesar por mi rostro. Llegué a destino.

En ese lugar, estaban preparando la bebida sagrada. La charla interminable terminó al amanecer, entre risas y bailes, entre confesiones susurradas la vida, resistía y devenía. Me encontré con el sahumero de azúcar, fue endulzar la vida, traer mi espíritu, una vez más, al lugar donde ahora estoy. Fue bendecido, aun cuando mi cuerpo y mis sentidos estaban todavía maltrechos.

La lluvia prolongaba la noche de mis emociones y el viento, con rayos y truenos, acompañaba mis sentires junto a los de la naturaleza inquieta de mis sentidos.

Después de ir y volver, de transitar rutas buscando la huella de los sentidos, ya no era la misma. La lluvia y el sahumero me habían transformado. Volver recorriendo carreteras, pero esta vez, cuidándome sola. Escuchaba el motor de mi camioneta, mantenía los ojos abiertos. Si lloras, está bien. Si estás cansada, también. Ese día me re-encontré.

Ahí, hay una verdad que no se borra, sabes estar con vos. Sabes sostenerte. Sabes elegirte. Sí, hay días de claridad y otros de nostalgia, es parte del mismo camino. No retrocedo, pero integro.

Cada momento y cada acontecimiento fueron dirigidos por mí. Mi palabra es mi voluntad y mi voluntad es lo que deseo hacer. Ingresé sin darme cuenta, pero con coraje a una zona peligrosa. Y ese peligro me gusta. Porque ese peligro es solo mío.

Estoy de regreso para habitar mi espiritualidad.

Voces turbulentas

Aquí y ahora, 22 de enero de 2026

No queremos callarnos.

Y no vamos a hacerlo.

Yo soy yo, cuando digo que decido dar el salto ente los umbrales. En esos que brindan sombras o luces. Pero es necesario y propio. De él extraigo sangre, memoria y dolor. En ese salto abandono el tutelaje encarnado en las decisiones tomadas por otros; el “yo digo por vos”, el “yo decido por vos”. Saltar es recuperar la voz. Es, por momentos, vencer a la muerte con la fuerza de nuestros relatos. Relatos pequeños en apariencia, pero capaces de gestar las grandes historias de nuestras vidas. Historias que tocan, que rozan, que acarician la fibra más íntima.

Somos intersticios abiertos. Prueba viva de que no estamos dispuestas a tolerar violencia ni presión por el solo hecho de ser mujeres. Somos corazonadas que devuelven pulso a las raíces. En nosotras hablan las voces turbulentas e insurrectas de nuestras ancestras que no llegan para ordenarnos silencio, sino para recordarnos lo que nunca quisimos callar. Este coraje -decidido, consciente- produjo un cambio radical. La potencia se encarnó en la fortaleza brillante de la experiencia, en el relato amasado en el barro. Ese barro que me llevaba y me traía por caminos de huellas ciertas. Barro peligroso, sí, pero también aquel que me dio, por un tiempo, la sensación de ser querida y amada.

Ese barro tenía su esencia en las gotas que se desparramaban frenéticas por mi rostro. Y cuando esas gotas, ya convertidas en charcos, se secaron, el

barro dejó de existir. Al menos en ese momento de la vida. Y yo quedé.

Las mujeres campesinas y pertenecientes a pueblos originarios tenemos la voz enraizadas en nuestras ancestras. Y con la voz, las decisiones; y con las decisiones, el cuerpo y las emociones frente a la adversidad.

Nuestra voz vibra con nuestra intensidad. Tiene estilo propio. Nos permite ser otras. En lucha, reverdeciendo. En cimarronaje, insurgencia, organización y acción. Así, desde nuestras múltiples culturas, resistimos, transgredimos y subvertimos la dominación. Para seguir siendo, sintiendo, haciendo, pensando y viviendo.

En esa voz ancestral que esperaba que llegara me dio la fuerza para saber lo que tenía que hacer. Sabía cuánto valor y cuánta potencia habitaban en mí. Hicimos bricolaje de semillas y las arrojamos al viento. Allí las palabras y las emociones se volvieron resistencia. Resistencia y resiliencia aparecieron como destellos de vidas bordadas. Destellos que bordados muestran el derecho y el revés, lo visible y lo adverso. Y así, seguimos tejiendo.

No nos callamos. Porque vivir con vos/z también es sanar.

Abrazo sincero y fraterno

Aquí, 25 de enero de 2026

Mujer de abrazo sincero:

Escribir es un acontecimiento. Un devenir de voces territoriales que no son solo mías. Es la paciencia del arte curar en la escritura como gesto de sanación. En ella llegan bocanadas de aire y abrazos sinceros de quienes me quieren y me honran.

Escribir abre otros universos, teje otros modos, ajusta nudos tensos para que el entramado no asfixie. Mis bases, a veces más frágiles, se revitalizan y en lo perdido aparece una grietea insurgente. Porque aquello que perdí se transformó en aprendizaje, y en eso que creí perder, aprendí.

Juntas reverdecimos. Siempre me enseñaron a no renunciar a nuestros sueños. En ese abrazo sincero, mi niña: no te prometí mucho. Pero vos, mi niña, me cumpliste todo. Ahora es tiempo de hacernos más fuertes. Hoy te pido que ya no es necesario ser tan caprichosa; en ese capricho nos robaron la ilusión y nos perdimos en ese “amor romántico, que nos desveló”. Hoy la responsa-habilidad es presencia.

Yo te cuidé y te cedí mucho. Ahora es tiempo de que hable la mujer y que la niña descanse tranquila en su regazo. Yo ya la cuidé, y la seguiré cuidando y sosteniendo. Pero, por favor, no me hagas equivocar. En esa equivocación el dolor sería para las dos: para mí, por no saber decir que calles; para vos, por insistir desde el capricho.

Aun así, gracias por sostenerme. Hoy te miro y te admiro. Quédate tranquila. La vida nos trajo hasta aquí. Juntas, siempre, escucharemos la mejor melodía. Te abrazo.

Mujer resiliente

Devenir, 28 de enero de 2026

Querida mujer resiliente:

Hoy me pregunto ¿cuáles son los momentos con los que no me llevo bien? Son espectros que todavía me acompañan. Insisten con su bravura, me miran desde el secreto, se cuelan sin permiso. A veces me enfrentan, otras me amenazan. Me hacen llorar. Me entristecen hasta casi desvanecerme. Los nombro para que ya no me dominen en silencio. Sé que existen. Sé que me han acompañado. Sé que nacieron en momentos donde el miedo, la herida y el dolor buscaban sobrevivir.

Durante mucho tiempo me miraron desde grises secretos.

Se colaron en mis noches, en mis decisiones, en mi cuerpo cansado y en mis emociones tristes.

Me enfrentaron, me amenazaron, me hicieron llorar hasta casi desaparecer.

No los niego, los reconozco.

Pero hoy les hablo desde otro lugar.

Mi piel con grietas y tatuada aprendió, en el silencio que no es silencio, que allí hay que saber escuchar. Fueron parte del barro que me sostuvo cuando no podía caminar de otro modo. Hoy ese barro se secó. Ya no necesito hundirme en él para sentirme viva.

La ruptura dolió, sí. Pero no me quebró para destruirme, sino para transformarme.

Me hice más flexible. Más consciente. Más fuerte. Sin miedos.

Aprendí a doblarme sin romperme, a contorsionarme para que el dolor no fuera mandato.

Hoy habito mi vitalidad Y acepto, sin miedo, que también peregrino hacia la muerte. Eso no me vuelve frágil, me vuelve humana y consciente de que lo que viví me hizo feliz. Sin renegar de esos momentos, estoy tranquila y en paz. Les agradezco a los que me protegieron cuando no sabía hacerlo sola. Pero ya no les cedo el timón. No gobiernan mis pasos, no dictan mis decisiones, no habitan mi presente. Solo es mi pulso, el ritmo del corazón que se queda conmigo por y para siempre. Si quieren quedarse, será como memoria. No como amenaza. No como sombra que ahoga.

Ahora abro umbrales de colores. Hago caminos donde antes había encierro. Y cuando la realidad golpea fuerte, ya no me quiebro, resplandezco.

Pueden retirarse en paz. Yo me quedo conmigo. Con resiliencia encarnada, Yo. Pero mi piel -agrietada y tatuada- es sabia. La ruptura duele, sí. Es dolorosa. Y, aun así, al transformarme, surge algo más bello que el original. Algo más resiliente. Más fuerte. Me contorsiono, me vuelvo flexible, para que el rompimiento no duela tanto. Comprendo que no es castigo, es proceso.

Un proceso para habitar con más verdad la vitalidad de la vida y, también, para aceptar el peregrinar hacia el devenir. Tengo la piel tatuada de dolores, pero sé que es vital encontrar umbrales de colores. Abrir caminos cuando la realidad golpea fuerte y amenaza con ahogarnos.

Y sé algo más; cuando todo se reconstituye, lo que emerge es poderoso y resplandeciente.

Estoy aprendiendo a caminar con mis sombras sin que me gobiernen. A honrar mis marcas, conviviendo con ellas. A confiar en que incluso lo quebrado puede convertirse en luz.

Con paciencia, respeto y coraje, Yo sigo aquí. Por siempre.

Me sobrevino el silencio de la tierra y con ella la siembra...

Sobreviniendo, de enero de 2026

Querida mujer amiga:

Me sobrevino el silencio mujer de la tierra y con ella la siembra...

Te escribo desde un silencio espeso, de esos que llegan sin aviso y se pegan al cuerpo como barro húmedo. Al principio no entendí nada. Solo supe que estaba otra vez ahí, hundida hasta los tobillos, en ese suelo donde aprendimos a perder sin que nadie lo nombre.

El amor se fue, y no hizo ruido. Se fue como se va el agua cuando la tierra la absorbe, con el vacío de las promesas incumplidas. Yo me quedé mirando lo que ya no estaba, creyendo que la derrota era mía, como si fuera natural cargarla, como si viniera escrita en la sangre. Como, ya lo sostuve en las cartas previas, también había victorias que no supe ver. Estaban en las coplas, en los cantos bajitos, en lo que el cuerpo dice cuando la boca calla.

En esos días oscuros busqué refugio. No en las palabras grandes ni en las verdades ajenas, sino en la memoria suelta. Recorté frases, no porque quisiera recordar, sino porque algo en mí necesitaba hacer ruido. Palabras arrancadas de mis cuadernos, de mis días, de lo que dolía. Las fui juntando como quien junta semillas después de una mala cosecha. Y, aun con tristeza, algo empezó a latir.

Fue la primera vez que me escuché fuerte. El camino no era recto: era un laberinto. Lloré mucho. El cuerpo habló sin permiso y no quería callarlo. A veces el dolor salía como vómito, otras como agua fría cayendo encima, intensa, despierta, viva. No había pensamiento que alcanzara. Solo el sentir me acurrucaba.

Aprendí entonces que el vínculo entre la vida y lo que hacemos con las manos, con la voz, con la mirada, no pasa por entender, sino por permitir. Permitir que el cuerpo diga. Y no callarlo. Empecé a andar sola. A viajar sola. A sentarme en un cine sin compañía. A caminar sin reloj, perdiéndome en el tiempo como quien se pierde en el monte. Conocí otras personas, otros territorios, otras formas de vivir. Algunas preguntas no tuvieron respuesta. Y estaba bien. Vivir también era eso, aprender a vivir distinto.

El intercambio con personas de diferentes lugares y de diferentes trayectorias de vida me permitió nuevas energías. Y, también muchos interrogantes para los cuales no tenía respuesta, era aprender a vivir de otra forma. Alguna vez recordé que ya la había experimentado. El ejercicio consistía en sentir más que pensar, en disfrutar más que sostener una verdad. Sabemos que no hay verdades absolutas...

Fueron un cumulo de vistas sonoras, miradas poderosas que me llevaron a sentir que es posible empantanarse. Lo desconocido son umbrales donde construir otras miradas y que circulen otras voces sobre aquello que no vemos, pero que nos agrada y apreciamos. En esas miradas nos vamos reconstruyendo y revitalizándonos. Después de un tiempo me di cuenta que ya no lloraba, solo eran recuerdos que se desplazaban por mi mente.

Recordé lo que ya sabía; sentir más que pensar, disfrutar más que sostener una verdad.

Fueron muchas miradas, muchos sonidos, pequeñas escenas que me enseñaron que la vida está hecha de momentos donde lo desconocido también es tierra fértil. Ahí crecen otras voces, otras formas de nombrar lo que no se ve, pero se quiere.

Y nuevamente me descubrí recordando, pero no llorando. No porque el amor no importara, sino porque ya no dolía igual. Se volvió recuerdo en movimiento. Algo que pasa, que atraviesa, pero no se queda.

Te escribo para decirte esto, mujer, el amor que se fue removi6 la tierra. Y aunque al principio parezca solo pérdida, es ahí donde empieza otra siembra. ¿Te acuerdas de la siembra?, esa siembra donde todos reíamos siendo felices o simulando ser felices. Yo fui feliz y estoy segura que esa siembra la cosechare muy

pronto, quizás en otro lugar, quizás en otro tiempo, pero sin dudarle en otras miradas, en otros desiertos...

Con respeto y memoria.

Destino para voz/s, para Ti, para nosotros, para todos

Cartografiado nuevos territorios, es por aquí, 2 de febrero de 2026

Queridxs:

Esta carta tiene un destino y es destino es para voz/s, para Ti, para nosotros, para todos.

En la siembra impregnada y cosechada; en esas miradas estamos todos. No es necesario participar o no participar. Te escribo no para reclamarte, ni para pedir explicaciones, ni para restaurar desde mis emociones lo que fue. Te escribo para cerrar un ciclo sin negarme, sin someter mi memoria al silencio ni a la culpa.

Durante mucho tiempo amé desde un lugar aprendido: el de sostener, cargar, esperar. Un amor entrenado para resistir más que para florecer. Un amor colonizado por la idea de que darlo todo era la única forma de ser elegida. Hoy puedo decirlo con claridad: ese mandato no era amor, era herencia. No te responsabilizo por eso. Pero tampoco me responsabilizo, totalmente a mí.

Nuestra historia existió en un entramado donde el afecto muchas veces se organiza desde el poder: quién nombra, quién decide, quién se queda, quién se va. Yo aprendí a ocupar el lugar de la que sostiene. Vos, el de quien podía irse. Esa asimetría no fue casual; fue histórica, fue cultural, fue aprendida.

Cerrar este ciclo es descolonizar mi forma de amar, siendo amada y encontrándome en mi sentir.

Renuncio a la idea de que el amor deba doler para ser verdadero.

Renuncio a la épica del sacrificio silencioso.

Renuncio a cargar con lo que no fue compartido.

Aunque lo onírico te traiga en mis sueños. Entiendo

que ya te fuiste, ese día entre las piedras, ese día viajaste en el silencio que te atormentaba y que finalmente pudiste balbucear. Ese tiempo donde estuvimos escuchando nuestra respiración.... Se fue con el sonido de un motor que se apaga, para no regresar.

No escribo desde el rencor. Escribo desde la recuperación de mi territorio interno. Mi cuerpo, mi tiempo, mi energía ya no están disponibles para vínculos que se sostienen sobre el desgaste de una sola parte.

Honro lo que fue. Agradezco lo que aprendí.

Pero no romantizo lo que me apagó.

Hoy elijo un amor donde no tenga que traducirme, ni justificarme, ni empequeñecerme para ser querida. Un amor donde la presencia no sea una concesión sino un acuerdo.

Te dejo ir en paz, en la buenaventura de la vida. Sin deuda.

Celebro y agradezco los segundos, el tiempo que fui feliz.

Sin colonización afectiva. Me quedo conmigo. Con mi voz entera. Con nosotras...

Con mi deseo desobediente y resiliente. Con mi capacidad de amar sin perderme.

Hasta el final... soy yo, sin perderme. Y también mi comienzo.

Hermana y amiga

Dejar huellas por aquí, 5 de febrero de 2026

Querida hermana y amiga:

Te escribo desde la memoria viva del cuerpo y del territorio que pisan nuestros pasos. Escribo porque la sensibilidad también es una forma de saber, una manera de dejar huellas propias y no prestadas. Lo que voy a contarte no nace de teorías ni de discursos ajenos, sino de la experiencia encarnada, de lo vivido en vínculo, de lo sentido en la piel y en el pulso del ritmo cardíaco.

Como decía, no nace de teorías, pero aprendí que reflexionar la realidad no siempre es separarla en conceptos, sino caminarla. Caminarla con otros, con la risa abierta, con los pies hundidos en la tierra húmeda, con los yuyos mojando la ropa y las semillas prendidas a la tela como pequeñas señales de que el mundo también nos toca y palpita. En esas caminatas el vínculo era cercanía verdadera; compartir, dar, estar ahí sin máscaras. El olor del barro, el roce de las plantas, el cansancio compartido; todo eso era sensibilidad y saberes que debía aprender, parecían verdades absolutas.

En estas muchas experiencias, en una fiesta patronal, de esas donde la comunidad late junta, todo parecía fluir. Me había invitado y sentí el honor de acompañarlo. Pero también allí apareció la otra cara; la del desborde, la del alcohol como permiso social para perder el cuidado. Después de montar a caballo, el mundo empezó a girar; no como juego, sino como advertencia. Al mediodía el tiempo corría de prisa y la bebida ya gobernaba el ánimo. Caminábamos hacia un lugar incierto, aunque fingíamos que era claro.

En la fiesta patronal, -espacio híbrido de comunidad, rito, consumo y desborde- vi cómo ciertos guiones se activan en los cuerpos. El alcohol no creó lo ocurrido, funcionó como amplificador de un sistema de dominación aprendido. Allí interpelamos la colonialidad.

La tarde se volvió áspera. Apareció ese mandato viejo de control y posesión que el sistema ha querido naturalizar en los cuerpos de los hombres y en el destino de las mujeres. Se hacía difícil nombrarlo, pero estaba ahí. Una violencia solapada, envuelta en risas, en burlas, en gestos que buscan disminuir, simbólicamente agredir. Sentí la herida de ser tratada como objeto de espectáculo, como si nuestra dignidad fuera un juego.

No me agradó. No era juego. Era señal.

Con la noche, esa sombra tomó forma más directa. Palabras reales "te voy a borrar la sonrisa".

Amenazas disfrazadas de confusión. El deseo de huir para salvarse. Muchas veces nos enseñaron a justificar estas escenas como "borrachera", como si el alcohol inventara lo que en verdad revela. Dos meses después

comprendí que era crónica anunciada, era estructura, era patrón, era repetición.

También comprendí algo más duro; cómo se nos enseña a las mujeres a perdonar antes de ser reparadas, a comprender antes de ser escuchadas, a sostener antes de ser sostenidas. Me pidió perdón. Dijo no recordar. Dijo querer continuar.

Y yo, desde mi ética del cuidado y mi esperanza, perdoné. Seguimos como si nada y como si todo porque el cuerpo sabe, aunque la razón calle. No era debilidad; era programación afectiva colonial y de género operando subjetivamente en mí.

Un mes después, la crónica cumplió su anuncio.

Otra vez el alcohol, otra vez la ruptura, esta vez en nombre de una supuesta libertad que solo lo liberaba a él de la responsabilidad afectiva. Quedé desbordada, pero no enceguecida. Ya lo había sentipensando en signos, en sueños, en gestos, en silencios. La realidad suele avisar antes de declararse.

Te comparto esto no desde el dolor solamente, sino desde el aprendizaje. Descolonizar también es desmontar las pedagogías del aguante, del “así son las cosas”, del amor como sacrificio unilateral. Descolonizar el vínculo es volver a poner el cuerpo, la palabra y la dignidad en el centro. Es creerle a la experiencia propia. Es leer las señales. Es honrar la intuición.

Recorrer el camino de las experiencias incluye volver a mirar con otros ojos, no para castigarse sino para comprenderse. No es negación reconocer que una pensó “a mí no me va a pasar”. Es parte del despertar entender que no somos excepción dentro de estructuras y verdades absolutas que nos atraviesan. Pero sí podemos ser ruptura.

Hoy me sostengo firme. No desde la dureza, sino desde la raíz. Me fui con dolor, pero también con claridad. Y esa claridad es semilla. Te abrazo como se abrazan las mujeres que se reconocen territorio vivo, con respeto, con memoria y con futuro.

Te abrazo como quien reconoce en nosotras no un reflejo, sino una co-creadora de otros mundos posibles.

Con afecto encarnado y pensamiento en micorrizas.

Entre el fuego sagrado y el devenir in-cierto

Espacios, 7 de febrero de 2026

Querida amiga,

Hoy es un día pesado. Tal vez sea la fecha. El cuerpo tiene memoria de los sucesos, recuerda incluso cuando quiere olvidar.

Y aquí me encuentro, atrapada. Es un abuso, no lo quiero.

Parecía que todo iba avanzando bien. Ya no lloraba, pero sí pensaba.

Su imagen se iba alejando, como si una nube comenzara a cubrir lentamente su rostro, su presencia.

O eso creí.

Hice todo cuanto pude para escapar de este cautiverio.

Y, por un tiempo, me estaba yendo bien.

Tuve reuniones de trabajo donde la filosofía se hizo presente.

Ya pisé y bailé en el barro.

Bailé hasta cansarme, hasta sentir el desmayo, sin más compañía que la mía, junto al fuego sagrado.

Ya grité hasta quedarme ronca.

Ya reviví, como una vieja película, todos los estados emocionales.

Ya lloré en largas caminatas, donde la respiración y la transpiración quedaron atrapadas en las lágrimas.

Conversé con la psicóloga y hablé hasta llorar de cansancio.

Sentí temblar el cuerpo. Sentí. Sentí.

Escribí mi dolor, a veces llorando, otras sonriendo sin saber por qué.

Salí a conducir de noche y de madrugada, sola o acompañada por una tormenta o por un cielo lleno de estrellas.

Conté lo sucedido solo a quienes necesitaba contarlo.

Después me retiré de mis amigos en silencio.

No porque no los quisiera, sino porque ya no quería hablar más del tema, ni sostener conversaciones morales o religiosas donde la promesa era rezar, pedir, ofrecer algo que no alcanzaba al cuerpo.

Me encerré en mi casa, en mi hogar, en mi... No para siempre.

Busqué respuestas en horóscopos, esperando que alguien adivinara el futuro.

Me tiré en el suelo, cara a cara, desnuda y sensible junto a la naturaleza.

Caminé sola y me encontré con aves; les hablé agradeciendo su compañía.

Escuché truenos y relámpagos cerca y lejos. La tormenta me atrapó y pude salir ilesa.

Escuché música hasta quedarme sorda. Vomité.

Temblé.

Me emborraché. Grité.

Reí a carcajadas de recuerdos felices y maltrechos.

Hice ruido.

Mucho ruido.

Y ahora me pregunto:

cuando el ruido se acaba, ¿qué puede el cuerpo?

Me alejé momentáneamente de mis seres queridos para no llorar frente a ellos.

No quería explicaciones ni promesas. No quería volver a narrar lo ocurrido.

No dormí durante muchas noches. El insomnio vino; me abandonó.

Y ahora, precisamente en este momento de escritura, estoy llorando.

Escuché y miré cuanta sugerencia apareció en las redes sociales.

Todas me hastiaron.

Viajé sola y viajé con gente que quiero.

Volví a los mismos escenarios, creyendo que regresar podía ayudarme a avanzar. Lo logre.

¿Qué más hace falta para no morir en el intento? Personas que me quieren me escribieron.

No me dejaron sola. Lo agradezco.

Y ahora, simplemente, silencio. Me dejo llevar por él.

Intento sentir cómo pasa por el cuerpo, por los sentidos.

Tal vez este suceso también produzca amor. Yo creo que sí. Sí.

Entonces aparece la imagen, la oruga y la mariposa. Son movimientos entre muerte y pulsión de vida.

Dejar morir algo para poder vivir.

Dicen que el tiempo es el maestro, el artesano. No es el tiempo, soy yo, mi propia artesana.

Mi cuerpo es implacable conmigo.

Quiero olvidar, pero el recuerdo sigue ahí, como un enemigo incierto; aparece en los pensamientos, en las emociones, en la vida.

Ya no quiero tanto hostigamiento.

Y, aun así, sigo. Me abandono a lo incierto. Si hay un devenir, quisiera conocerlo.

Insisto en la transformación.

Emerge dispuesta a crecer. Distanciamiento. Luego la crisálida. El encierro. El silencio. La transformación profunda.

Todo se reorganiza ahí dentro. El tiempo.

La introspección no es huida, es trabajo interno.

El cuerpo sabe. La vulnerabilidad convive con la resistencia.

La fragilidad no niega la fuerza.

Los nuevos comienzos son frágiles. Por eso son bellos.

La liberación exige soltar apegos y viejas estructuras mentales.

Nada garantiza el destino. Solo el movimiento.

Este proceso ocurre en territorio. Pero se atraviesa sola, pero también en nosotras.

Y, aun así, el cuerpo sigue aquí. Devenir incierto. Te quiero, devenir in-cierto...

Escuchando el silencio, camina el silencio

Silencio, 10 de febrero de 2026

Mujer, el silencio también habla:

Mientras escucho el silencio, avanzo. Y al hacerlo, entiendo que la única elección impostergable es elegirme a mí misma, por mí misma. No como gesto egoísta, sino como un regalo, una ofrenda que me devuelvo. Desde ahí, asumir también un rol más activo y consciente al elegir a quién amar y, sobre todo, cómo amar.

Pero también he comprendido algo más, el amor de pareja no lo es todo. Necesitamos profundizar los vínculos en comunidad. Son las amigas, los amigos, quienes muchas veces nos sostienen cuando el mundo y nuestros territorios se vuelven hostiles. Ahí aparece el cuidado mutuo como giro político y vital. No siempre es la pareja quien nos salva, sino la red de micorrizas, esos lazos invisibles que nutren, sostienen y permiten que sigamos creciendo incluso bajo tierra.

Por eso, ya no creo en el amor que nos fue legado. Ese amor atravesado por una perspectiva patriarcal que nos exige aceptar -sin escrúpulos- el dolor, la precariedad y las asimetrías de poder como si fueran inevitables. No acepto un amor que coloniza emociones ni territorios, que confunde sacrificio con profundidad. El amor no debería doler para ser verdadero.

En un mundo machista y patriarcal, el amor no tiene que “valer la pena” como si fuera una carga. Expresa alegría de vivirlo. Enuncia ser capaz de sostener la vida, de abrir espacio al devenir, de alojar momentos felices sin culpa ni miedo.

Escribo porque es necesario nombrar el dolor. Porque nunca llegó la disculpa, ni el perdón. Y, aun así -o precisamente por eso- escribo para no perder la dignidad ni la paz. No para justificar lo injustificable, sino para re-configurarme y seguir viviendo sin traicionarme.

Estas epístolas son una forma de resistencia compartida. Es escribir con un otro, aunque no siempre esté. Es decir, estoy aquí. Seguimos. Juntas.

Estaba en la partitura del concierto

Aquí, en la memoria, 27 de febrero de 2026

Mujer en el concierto:

Y, volví a llorar. Ya estaba en la partitura del concierto, pero traje algo nuevo. Acontece el cuerpo trayendo otras emociones a la realidad. Eso escucha mi cuerpo. Esa sanación que me sobresalta y está llegando en experiencias contingentes que convive en una síntesis de lo que esta o estuvo aconteciendo en el pasado.

Son experiencias presentes que se activan en la memoria. Ya no es el mismo llanto. ¿Es otra cosa distinta? ¿Estoy conectando con otras experiencias? Si, se presenta como una síntesis de los acontecimientos donde me quisieron y me hicieron sentir muy bien. Representa una síntesis de lo que fue el pasado. Y siento que este llanto ya no solo es llanto, esta enriquecido por el pasado y el porvenir. Y, el presente vivido enfocado o iluminado por esta realidad con horizontes constelados.

Entonces, el llanto ya no se define del mismo modo, es devenir. Y nosotras, Yo, ya no soy lo que fui ayer, ni lo que seré mañana. Mis relaciones deambulan en un devenir de horizontes constelados.

Es una memoria virtual que se conecta con otras vivencias y se relacionan con otros atardeceres. Así, hoy se experimenta esta realidad.

Vuelvo a insistir, el llanto ya no es el mismo, con el mismo dolor... ya no me define ese llanto.

La experiencia vital de haber escrito estas epístolas es otra cosa, donde ya no romantizo. En el plano vital la experiencia es la trascendencia revitalizada. Es otro llanto que entra en juego con otras trascendencias micorrízicas, que se encuentran en otras raíces memorables trayendo en cada uno de nosotras algo diferente.

Es una variación en la consistencia, en la síntesis de memorias que vibran acompañadas por el latir con la pulsión de un nuevo ritmo cardíaco.

El destino no es determinismo, implica de resonancias y de ecos que resuenan. En definitiva, el pasado no determina, aunque haya quedado un rastro químico con mundos posibles certeros.

Y, regresamos en resonancias y ecos ...

Epístolas siendo investigadora

Recibí cada carta y al leerla me expresaba el dolor del amor y sinceramente ya no era, solo, el estar siendo investigadora, las correspondencias me llevaron a huellas muy profundas de mi colonialidad de mujer.

Después de un tiempo, me permito contestar desde la des-colonialidad de los afectos y desde un sentido de intracción de los vínculos. Son dos cartas escritas recientemente y otra con fecha incierta de 2030... donde nuevamente mi estar siendo investigadora se manifiesta para un allá...

Queridas mujeres campesinas

Aquí, marzo de 2026

Querida amiga, mujeres campesinas:

Yo, soy una mujer campesina y de ancestros de pueblos indígenas. La soledad se hace fuerte y el amor propio empieza a sembrar su luz.

Estain-comodidadesnecesaria,siendoinvestigadora. Aquí se cruza las raíces con la investigación, cuya perspectiva teórica es la colonialidad del poder, del ser y del saber. Por ello, -junto a la autora de los sueños y de narrativas epistolares intimas-buscamos identificar y comprender cómo la de(s) colonialidad del conocimiento puede contribuir al proceso de permanencia o ruptura de la opresión en la vida de las mujeres campesinas. Así, me ocupo de esta parte no solo de la carta, en específico, sino también de escribir una reflexión significativa.

En este proceso epistolar presento a Vergutz (2021) que nos conversa de "voces dialógicas del conocimiento" y el "saber de la experiencia", que irradia en la voz de la mujer en sus saberes y conocimientos anunciados de la vida cotidiana.

Nos permite reflexionar sobre el vínculo amoroso; específicamente advierte que las voces femeninas están relacionadas con los conocimientos de la vida y que se edifican en los trabajos cotidianos, en la agricultura, en el cuidado y en las relaciones afectivas.

Y, en relación a ello, agrego la importancia de saberes oníricos muy poco trabajado y considerado desde la ciencia eurocentrada. Estas mujeres son productoras de saberes, denominados "epistemologías de la vida cotidiana". A través de estas reflexiones que parten de la realidad de campesinas de la misma región en la que estamos situadas, la autora problematiza que, cuando las mujeres son vistas como sujetos no epistémicos, esto se debe a la relación desigual de género que, consecuentemente, fue eligiendo a la mujer como ineficiente en las esferas productivas del capital y, por ende, en la lógica científica, patriarcal y capitalista.

Entiendo que los saberes populares están vinculados al trabajo reproductivo y de cuidado; son saberes que se originan en la vida, en el mantenimiento de esta y con la vida de las mujeres. Y todo esto se transmite de generación en generación. Es imprescindible, en este punto, evidenciar que, si los conocimientos de las mujeres están vinculados al trabajo reproductivo, este trabajo contribuye directamente a la reproducción de

un determinado orden societal. Una mujer campesina explica los saberes que se transmiten de generación y generación, escuchando y comprendiendo la naturaleza...

La reflexión nos acerca a la descolonialidad del conocimiento y de la vida de las mujeres campesinas implica pensar que la división social del trabajo influye en la división del saber, valorando y legitimando los saberes eruditos como verdaderos y, por consecuencia, pertenecientes a instancias de poder que legitiman concomitantemente esa división y opresión. Este proceso se relaciona directamente con la ciencia moderna, el antropocentrismo y el etnocentrismo.

La colonización promueve la retirada del protagonismo de las mujeres en la historia. El conocimiento europeo producido por hombres blancos viabiliza la dominación patriarcal y capitalista a través de los epistemicidios. En el sentido de la narrativa epistolar, es la fuerte impronta de la desconsideración del afecto y de las emociones. Esto, sin duda es una fuerte preminencia del sistema de patronazgo salteño, del machismo como fuerte enunciado en las estructuras que se encuentra invisible en las prácticas sociales.

Este sistema de desvirtuación de los saberes populares oriundos de los pueblos, efectuado a través de la colonización, se mantiene y sirve para deshumanizar e impedir que hombres y mujeres puedan decir su palabra, continuando así el proceso de opresión.

Mi comprensión es que, si no hay un proceso descolonial de poder, saber y ser en la educación; el proceso de invisibilización y de opresión permanecerá en la vida de las mujeres.

Estas cartas pretenden ser el propósito que puede existir un proceso de auto-reconocimiento y reflexión de los saberes populares y el trabajo realizados dentro de sus territorios que trae consigo otros muchos saberes.

Este proceso no es lineal, claro está. Las mujeres presentamos puntos de tensionamiento y de contradicciones entre lo colonial y lo descolonial en las relaciones de poder, de ser y de saber, que está presente en la cotidianeidad.

Con cariño.

Fui a una fiesta de disfraz con mi rostro descubierto

Aconteciendo, marzo de 2026

Querida mujer;

Agradezco tu narrativa epistolar. Fuiste a una fiesta de disfraz con el rostro descubierto. Quizás no alcanzó, pero a mí me sobró. Aceptamos como una normalidad el amor romántico que ha sido históricamente construido desde marcos eurocéntricos que privilegian la posesión, la exclusividad y la idealización del vínculo afectivo. Estas narrativas fueron difundidas a través de la literatura, el cine y las instituciones sociales. In-visibilizando otras formas de amar vinculadas al cuidado comunitario, la memoria colectiva y la autonomía de las personas.

La práctica de nuestras vidas desde una perspectiva descolonial, resulta pertinente. No es sencillo problematizar el amor entendiendo el mismo no solo como experiencia íntima, sino también como una práctica política y situada. En este contexto, la experiencia de vivir el amor es capaz de subvertir los modelos afectivos hegemónicos y de enunciar formas alternativas de vinculación. Quizás la vinculación es dar y compartir de manera consciente y libre. Es imprimir en nuestras emociones que hemos vivido no solo convencida de compartir sino también de que las experiencias son aprendizaje y quedaran en la memoria de quienes vivimos ese vínculo. Aceptando y agradeciendo. Celebrando que el tiempo no es una temporalidad lineal, sino que se brinda en tiempos inciertos pero verdaderos.

El pensamiento descolonial, desarrollado por autoras y autores como Aníbal Quijano, Walter Dignolo y María Lugones, permite comprender cómo la colonialidad del poder y del género ha estructurado también el ámbito de los afectos. Según Lugones (2008), la imposición del sistema moderno/colonial de género no solo organizó jerarquías raciales y sexuales, sino que también reguló las formas legítimas de amar.

Y me pregunto, ¿cuáles serían estas formas legítimas de amar? Desde esta perspectiva, el amor romántico puede leerse como una tecnología de control que naturaliza la dependencia emocional y la subordinación, especialmente en cuerpos feminizados y racializados; en este caso particular ¿siendo mujeres

campesinas? Ahora estoy segura que, frente a ello, emergen propuestas que conciben el amor como ética del cuidado, reconocimiento y vínculo no posesivo.

Amor, memoria y resistencia se articula con la memoria histórica y colectiva. El “yo” que ama no se presenta como sujeto autónomo y ahistórico, sino como cuerpo atravesado por genealogías de resistencia. De este modo, amar se convierte en un acto que reconoce las violencias estructurales heredadas y se posiciona críticamente frente a ellas. Este tipo de enunciación rompe con la lógica romántica tradicional, que concibe el amor como refugio individual frente al mundo, y lo reconfigura como práctica relacional situada en un contexto sociopolítico específico.

El cuerpo-territorio y ética del cuidado, donde la mujer no es objeto de conquista ni de apropiación simbólica, sino un espacio que exige respeto, escucha y consentimiento. El lenguaje amoroso se aleja de metáforas coloniales asociadas a la exploración y el dominio, y adopta una ética del cuidado mutuo.

Donde el extractivismo emocional es el denominador. Así, el amor descolonial no se define por la renuncia al mundo, sino por la capacidad de comprender y sostener vínculos sin anular la pluralidad relacional del sujeto amado.

Hasta el final, no somos objeto de conquista ni apropiación simbólica...

Re-vitalizadas en el re-encuentro

Allá, abril de 2030

Querida mujer campesina e intelectual:

Esta vez sonrió en el devenir del tiempo, esta vez más ágil, sin culpas ni pesares. Aquí, estamos juntas celebrando en otros lenguajes estéticos. En estos paisajes artísticos, el re-encuentro. El amor está circulando con otros seres vivos, está dispuesto. No es mezquino. Está en la plenitud de un concierto.

He aprendido que el amor no es un estado pasivo ni un premio que se recibe al final de una espera. El amor, el afecto es acción, es movimiento, es una práctica diaria.

No vive en las promesas sino en los gestos; no se sostiene en lo dicho, sino en lo hecho. Es un concierto donde nadie toca solo, se compone en conjunto, afinando y desafiando, escuchando al otro sin silenciarse a una misma. Amar así implica desplazar el eje del “calladita te ves más bonita”, desmontar el romanticismo que nos enseñó a quedarnos quietas. Amar así exige salir de la comodidad, exponerse, incomodarse.

Entonces me pregunto: ¿quién está dispuesto a elegir todos los días, a cuidar sin poseer, a sostener sin controlar, a comprometerse sin convertir el amor en rutina? ¿Quién puede habitar un amor que no tira ni descarta cuando algo duele, un amor que -como diría Haraway- se construye desde la responsa-habilidad compartida, esa capacidad ética de responder por y con el otro?

Sabes, aquí yace la hospitalidad de un nosotros/ tras. La demostración es real, una mirada, una sonrisa, una palabra es el acto de amar. La luz tenue del umbral ha resplandecido en todos sus matices de colores. Es sincero. Como dirá la mirada poshumana, no conocemos desde la distancia, sino desde la implicación, desde la intracción. Conocemos porque estamos enredadas con la tierra, con los cuerpos, con las historias, con los vínculos. Pienso en las semillas de Úrsula Le Guin. la madrugada no avanza, el tiempo se alarga... allí estamos resplandeciendo.

No es la espera, es el movimiento de la mirada, de un Yo hacia nosotras y de nosotras hacia sí misma, estando juntas...

Con premura, pero con la seguridad de revitalizarnos.

Por siempre unidas...

Reflexiones

Estas epístolas entre mujeres e investigadora traen a la academia una multiplicidad de gestos que abrazan la visibilidad de los afectos y el amor desde un patrón impuesto por la colonialidad. Pero ambas formas de escrituras buscan analizar y romper estructuras desafiando a la colonialidad de los afectos y del amor romántico. Diría que estos gestos no solo se encuentran en las mujeres campesinas, sino que emergen en muchas comunidades y pueblos abyayalenses.

Son correspondencias que visibilizan el pasaje entre el umbral de lo onírico y realidad. En este pasaje se encuentra la mujer campesina intelectual; en dialogo entre agua y piedra, entre la montaña y el tiempo; se anuncia que el sueño se hace realidad.

La estudiante le permite a través de un libro a la mujer investigadora intelectual la visibilización de lo certero, escribiendo las cartas. Siendo investigadora me permito que juntas podamos revitalizar y renombrar las formas de descolonialidad de los afectos. El pasaje habilito, el libro es este artículo. Ahora es suyo... es de nosotras.

Siendo investigadora me sostengo en nosotras en una constelación micorrízicas, unidas en parentescos raros que enuncian otros mundos posibles. En simbiosis donde la respons-habilidad es el refugio, multiplicando otros mundos habitables. “Si no *puedo modificar mi situación me modificaré a mí misma*.

Me estoy transformando en intracción con la luz sobre mí, debajo de mí, y dentro de mí...en este acto de transformación mágica me reconozco nuevamente. Soy movimiento sin fundamento ni límites” (Barad, 2023, p. 156-157). *Soy el cuidado hospitalario, ético y político de mi misma y de nosotras*.

¿Y, nosotras que merecemos? Todo el amor magnánimo y hospitalario del mundo, en mundos posibles certeros.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Corneli, C. (2022). Saberes populares e de(s) colonialização do conhecimento: Círculos dialógicos e cartas pedagógicas entre mulheres do campo. Santa Cruz do Sul. [https://repositorio.unisc.br/jspui/](https://repositorio.unisc.br/jspui/bitstream/11624/3463/1/Cristiane%20Corneli.pdf)

[bitstream/11624/3463/1/Cristiane%20Corneli.pdf](https://repositorio.unisc.br/jspui/bitstream/11624/3463/1/Cristiane%20Corneli.pdf)
Barad, K. (2023). Cuestión de Materia. Ediciones holobiontes.

Lugones, M. (2008). Colonialidad y género. Tabula Rasa.

Lugones, M. (2022). El amor como una poética de la relación: discusiones feministas y activismos descoloniales. Ciudad Autónoma de Buenos Aires. CLACSO. El mismo mar. <https://biblioteca-repositorio.clacso.edu.ar/bitstream/CLACSO/169333/1/El-Amor-como-poetica.pdf>

Mignolo, W. (2010). Desobediencia epistémica. Ediciones del Signo.

Muñoz, I. (2020). Mujeres ricas y libres. Las encomenderas en el Perú (s.XVI). CSIC, Universidad de Sevilla, Diputación Provincial de Sevilla. https://www.academia.edu/46431980/P%C3%A9rez_Miguel_Liliana_Mujeres_ricas_y_libres_Mujer_y_poder_In%C3%A9s_Mu%C3%B1oz_y_las_encomenderas_en_el_Per%C3%BA_s_XVI

Quijano, A. (2000). Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina. CLACSO.

Segato, R. (2016). La guerra contra las mujeres. Traficantes de Sueños.

Vergutz, C. (2021). Pedagogia das Vozes e dos Silêncios: experiências das mulheres na Pedagogia da Alternância da Escola Família Agrícola de Santa Cruz do Sul – EFASC. Tese (Doutorado em Educação) - Universidade de Santa Cruz do Sul. <https://repositorio.unisc.br/jspui/bitstream/11624/3112/1/Cristina%20Luisa%20Bencke%20Vergutz.pdf>

1. Inocencia Gerónimo, Doctora en Educación en Investigación Narrativa, Biográfica y Autobiográfica en Educación, por la Universidad Nacional de Rosario. Docente de Ministerio de Educación, Cultura, Ciencia y Tecnología e investigadora en Historias en la Educación Descolonial. Profesora en Ciencias de la Educación por la Universidad Nacional de Salta. Licenciada en Educación por Universidad Tecnológica Nacional. Integrante de CISEN -Centro de Investigaciones Sociales y Educativas del Norte Argentino- Universidad Nacional de Salta. Integrante de RIIIE-Red de Investigaciones en Interculturalidad y Educación.

Publicación de Investigaciones en Revista Argentina Investigación Narrativa (RAIN) y Revista Argentina de Educación (Argentina); Revista Científica Yachakuna (Colombia); RED REDIEM INVESTIGACIONES -Red Pedagógica en Perspectiva Latinoamericana- (México).

2. Salteña: la mujer que vive o nació en Salta se dice salteña. Este término se utiliza comúnmente para referirse a los habitantes de la provincia de Salta, Argentina.

3. Poncho rojo salteño y sombrero son un símbolo de identidad, cultura y valentía que representa la historia de la provincia de Salta y su participación en la Guerra de la Independencia.